

# XIII

## ENCUENTRO INTERNACIONAL DE HISTORIA DE LA EDUCACIÓN

**Entre lo local y lo global  
Actores, saberes  
e instituciones en la  
historia de la educación**



ISBN: 978-607-9087-13-5



Universidad Autónoma de Zacatecas  
Francisco García Salinas

**22 - 24 de Agosto de 2012    Zacatecas, Zacatecas    México**

## **Formadores de docentes rurales: una historia de la Normal Rural en Chiapas**

Iván Alexis Pinto Díaz  
Universidad Pedagógica Nacional

### **Introducción**

Dos apartados conforman la ponencia. En el primero se aborda el proceso histórico que configuró las particularidades formativas de las ENR, sedimentando concepciones, prácticas y quehaceres en sus formadores y que les permitió caracterizarse respecto de otras instituciones.

En el segundo apartado se hace referencia al normalismo rural en Chiapas. El proceso de fundación (en los dos momentos señalados: 1931 y 1956) y el papel de los formadores en la definición de los procesos que marcaron la formación de los profesores de educación primaria en Chiapas. Se revisa cómo los formadores configuraron una forma de intervenir en la NR, se destaca la influencia determinante que ejerce la característica de la institución: internado, escuela para varones y formadora para el contexto rural.

### **Las bases de configuración del quehacer formativo en las NR**

Las ENR se crearon para dar atención educativa a la olvidada población rural mexicana; fue una respuesta a los compromisos sociales que permearon y acicatearon a la revolución de 1910. Pero también como respuesta a la presión social por atender y formar una ciudadanía moderna en México. Como síntesis del ideario revolucionario, pero ante todo como consecuencia de la negociación (Vaughan, 2000; Civera, 2008) entre el grueso de la población mexicana (el sector rural) y los jefes políticos que gobernaron el país en el periodo inmediato a 1910. Negociación que buscaba construir el modelo de nación, y sobre todo el proyecto cultural que le diera forma.

Es lo rural y su problemática, lo que motiva la necesidad de conformar una institución encargada de formar a los profesores que atendieran a los pueblos pobres y olvidados. Esta consideración implica observar que las ENR formaban parte de una política general de atención a lo rural, pero también en una estrategia de hacer sumar al campesinado a las pretensiones de los grupos de poder.

Para los profesores, la identificación (y participaron en el delineamiento) con la política social no fue difícil. Tenían elementos para dicha identificación: sus antecedentes comunes de clase media modesta, predominantemente rural. Compartían el entusiasmo de la Secretaría de Educación Pública (SEP) por el progreso, la modernidad y el patriotismo. Muchos de ellos se nutrieron en la incipiente cultura cívica liberal del periodo revolucionario.

Los formadores que en las NR se establecieron, los orientaba la mística educativa revolucionaria, el compromiso y la dedicación por formar a profesores de educación primaria que colaboraran con el desarrollo social. El elemento fundante y catalizador del quehacer del formador se complementó con las características propias de dichas normales: internado, “capacitación en los problemas económico-sociales” y alumnos de condición humilde.

El conocimiento, ideas, prácticas y acciones que emprendieron los formadores de docentes en las ENR pronto los caracterizó. Marcó a dichos sujetos, a la institución escolar y a los futuros docentes de las escuelas primarias rurales.

En 1922 se fundó la primera normal rural federal, la de Tacámbaro, Michoacán. Para 1936 abre sus puertas la NR de Cerro Hueco en Chiapas. Cerro Hueco fue cerrada en 1946, porque según las autoridades no cumplía con los fines para lo que fue establecida. En 1956 se abre nuevamente la NR, ahora con la denominación “Mactumactzá” (en un espacio y con personal diferente).

### **De ENR de Cerro Hueco a ENR Mactumactzá: ¿qué sentido de magisterio?.**

Con el planteamiento de “configuración de sentido de magisterio”, se pretende señalar y recuperar las prácticas en que participaron los formadores en distintas épocas. Sentido de magisterio se ubica como una construcción, “como una formación específica de un tiempo histórico” (Rockwell, 2001), en donde los sujetos y su gremio (el grupo de formadores) generan acciones en el marco de la vida escolar tendientes a llevar a cabo las tareas que como formadores se les encomienda, pero fundamentalmente las que estos construyen como resultado de la síntesis de su ideario, de sus intereses y del saber que como formadores construyen permanentemente.

La conformación de la noción de lo qué es y significa ser formador rural, y lo qué se tiene que ser para lograrlo, no se desprende únicamente del dominio de los planes y programas de estudio (Viñao, 2006), o del conocimiento de las teorías pedagógicas, sino que es un conocimiento adquirido, desarrollado y potencializado gracias a la articulación de la biografía personal del formador, los intereses y perspectiva del quehacer formativo e indudablemente de las determinantes contextuales-históricas que la rodean.

El 24 de febrero de 1931 se funda la ENR de Cerro Hueco; es una disposición de la SEP que encuentra rápida aceptación entre la sociedad y gobierno chiapaneco, ante el complejo sistema de atraso y olvido que imperaba en la entidad. La escuela fue ubicada en un terreno donado por el gobierno del estado, pero sin la infraestructura y las condiciones para albergar a una institución con la características de NR. Se carecía de todo, excepto de entusiasmo y necesidad de su comunidad escolar.

Para diciembre de 1931 en la institución había nueve formadores; cuatro para materias básicas, uno para la formación agropecuaria y cuatro encargados de talleres, el número de alumnos era de 64 (hombres y mujeres). En los siguientes años hubo un incremento mínimo de formadores, en cuanto a los estudiantes para 1934 eran ya 104.

La formación para maestro rural que se gestaba tenía en el fondo una nodal carga ideológica revolucionaria. En las campañas de trabajo social y de excursión que desarrollaban las “tribus” de estudiantes, con sus respectivos guías (los formadores) se hace notar el discurso y el trabajo tendiente a mostrar la solidaridad de los estudiantes con sus hermanos de clase y concomitante abrir espacios de divulgación y concientización como clase social explotada y en busca de redimirse. En los informes que explican el desarrollo de estas actividades, se hace referencia a la labor fundante y fundamental de los formadores, tanto guías y “ejemplo” de rectitud y compromiso en la tarea educativa.

La tarea del formador en Cerro Hueco se centraba en transmitir la experiencia obtenida en las batallas escolares. Muchos formadores les tocó vivir los momentos recalcitrantes de la configuración de la escuela rural mexicana, conocían y participaban del discurso nacionalista que en la época fluía. Estos formadores se sumaban a la pretensión de ubicar a la escuela como

vehículo central en la consolidación del Estado revolucionario, y en la esperanza de construir una sociedad justa e igualitaria.

Todo hace indicar que los formadores estaban dedicados y comprometidos con la labor encomendada en Cerro Hueco. Las condiciones de la escuela, de sus estudiantes y las que tienen que ver con lo regional y lo geográfico se constituía en acicate que profundizaba la orientación formativa con la que estaban comprometidos. Al hablar de esas condiciones, se señala por ejemplo la precariedad de las condiciones de estudio, la pobreza y marginación de los estudiantes, y la inefable situación de la entidad chiapaneca: lejanía con el desarrollo, la incomunicación y lo raquitico de los sueldos de los maestros chiapanecos.

No es fortuito que en el periodo de 1931 a 1936, los formadores se concentraran en la formación y que no se involucraran o generaran conflictos, protestas o luchas para imponer intereses o exigir algo. No quiero decir con lo anterior que es un periodo idílico de articulación y actuación de los formadores; hay registro de que hubo problemas por la presencia del alcoholismo entre alguno de ellos, se señala acoso sexual de algún trabajador sobre las alumnas o la falta de compromiso ante el trabajo colectivo, pero son cuestiones aisladas y que no representaron polarización o el descuido de las actividades del conjunto de la comunidad escolar. La cierta normalidad del trabajo de los formadores puede estar dada por el reducido número de ellos, por la fuerte carga de actividades que les concentraba la atención, y por que al final de cuentas la realidad escolar se asumía en la idea de familia (Civera 2008), a la cual debían de cuidar.

En 1936 se cierra la ENR de Cerro Hueco y se convierte en Escuela Regional Campesina. Cambia de denominación, de lugar de ubicación, y se iniciaba una etapa de fuerte efervescencia y sobre todo de conflicto.

No deja de llamar la atención que en relación a la época de Cerro Hueco, la información de archivo histórico señala la entrega y el discurso revolucionario de los formadores; a partir de 1936 la información que se destaca son oficios dirigidos a las autoridades de la SEP en donde se acusa, denuncia, cuestiona y se solicita se sancione a algún formador o grupo de formadores. Las posibles explicaciones a dicha situación se pueden encontrar o advertir en la situación de

abandono de la institución o también en la cada vez más numerosa, politizada y exigente condición del gremio magisterial.

En 1941 la institución se convierte en Escuela Práctica de Agricultura y en 1946 se cierra definitivamente. Los conflictos la agobiaban, pero sobre todo estaba al acecho una política que pretendía anular todo vestigio de una escuela y sus formadores con compromiso social. La institución deja de funcionar y Chiapas se queda sin una vertiente formativa de profesores para el contexto rural.

Las necesidades sociales y educativas de la entidad exigían el regreso del NR. En abril de 1956 la ENR Mactumactzá empezó a funcionar. Como elemento común del arranque de estas escuelas, se hizo con carencias y dificultades. De abril a junio fue una escuela sin escuela, es decir, sin recursos; lo que sobraba era la voluntad del reducido número de formadores que la fundaron, e indudablemente lo que más se desbordaba era el anhelo y deseo de sus 90 estudiantes por tener un techo donde vivir, tres comidas más o menos garantizadas, y sobre todo la posibilidad de descollar profesional y socialmente.

El profesorado fundador de la institución inmediatamente se mostró marcado por la entrega y la dedicación. Es una época en que la mayoría de los formadores contratados son muy jóvenes (la edad fluctúa en los 26 años). Algunos formadores se iniciaron en otras NR, y la Dirección General de Educación Normal los mandó a Mactumactzá para reproducir la tradición de estas escuelas. Los hay también quienes al terminar los estudios de especialización en la Escuela Normal Superior de México, busca iniciarse como formadores, y son contratados para trabajar en Mactumactzá.

Los encargados de dirigir las clases, se formaron y desarrollaron con prácticas educativas en el contexto de la política de la Unidad Nacional y en aquella denominada “escuela del amor”. Este contexto les determinó su pensamiento y quehacer como docentes, tanto es así que propugnaban por distanciarse de toda posición política e ideológica, considerando que el deber y principio básico de su actividad se centraba en el trabajo del aula.

A partir de que la institución se fue edificando, y su servicio asistencial complementando, los formadores no solo empezaron a intervenir en las actividades de aula, sino en la supervisión y orientación de los alumnos en todo su acontecer académico.

La actividad del formador iniciaba a las 6 de la mañana y terminaba a las 14 horas. Los que vivían en la institución, continuaban por la tarde y concluían con la “hora de estudio”, de 20 a 21 horas de lunes a viernes. Independientemente si se vivía o no en la Normal había que desarrollar dos o tres veces en el semestre la guardia. La guardia era una actividad obligatoria para todo formador, implicaba supervisar el funcionamiento del servicio asistencial, resolver los problemas cotidianos de los alumnos y mantener el orden y la disciplina en el dormitorio.

Cada formador, dependiendo de su disciplina atendía la materia del plan de estudios que le asignaran, pero en virtud de los gustos y aficiones personales, se sumaba al desarrollo y promoción de alguna actividad extraescolar. Siendo internado, y para “generar una formación integral en los futuros docentes de educación primaria”, las actividades fuera de clase se repartían entre el deporte, la danza, el teatro, la música y el canto, los talleres de carpintería, talabartería o herrería, o en las actividades agropecuarias.

A Mactumactzá llegaron profesores que los caracterizaba la exigencia en el aula, en algunos casos la exigencia rayaba en la intolerancia por el no cumplimiento de lo establecido. Se rememora, tanto por alumnos y formadores de la época, el compromiso de los profesores de “deportes”. Su entrega y dedicación convirtieron a jóvenes y equipos deportivos, en referente central en las Jornadas Deportivas y Culturales que cada año se celebraba en alguna NR del país.

La banda de guerra era un icono representativo, se le consideraba monumental. La buena organización de la banda de guerra estaba dada por que el capitán en turno (el formador), llamaba a escoltear todos los días de lunes a viernes a las 5 de la mañana, pasando por los pasillos que conectaban a los dormitorios, y que servía para despertar a los estudiantes para iniciar sus actividades.

Más de un formador se integraba al deporte. Los equipos de los formadores llevaban la denominación de “polilla”, por oposición a la juventud de los alumnos. Cuando la “polilla” se enfrentaba a los alumnos, el que estos últimos ganaran representaba un gran orgullo para los estudiantes, pero sobre todo era un medio para la unión y la identificación.

Cada quien cumplía con sus funciones. En este periodo, el formador que llegaba a la Normal, lo hacía con 22 horas de contratación, pero se sabía que el cuidado del internado implicaba dedicar más tiempo. El formador de nuevo ingreso se sumaba inmediatamente a las

tareas, más de uno sugería que la entrega era una forma de “agradecimiento ante la concesión de techo y trabajo” que daba la institución.

El formador estaba concentrado con sus 22 horas en el desempeño de las funciones frente a grupo y la que emanaba del servicio asistencial. Se asumía que la relación con los estudiantes era de respeto e independencia a su organización política. También se hace notar, que la orientación dada a la clase (siempre pensada al desarrollo y el compromiso social), constituía un puente y una fuente para que los alumnos asumieran posiciones críticas tanto al interior de la institución como en su participación política en movimientos sociales.

Los formadores establecieron como eje de su actividad el trabajo del contenido educativo, más allá de esto era una cuestión “perversa”, formador que rebasaba la línea de lo que se consideraba como lo correcto (es decir, dar la clase) se le estigmatizaba como *alumnista*. Ser alumnista representaba una denominación y catalogación mal vista, por lo que muchos buscaban a toda forma cumplir con la tarea encomendada y alejarse de toda interrelación o asesoría al estudiantado.

Pero hubo formadores que se arriesgaron y pasaron los límites impuestos por la tradición pedagógica y política de la época. Se ubicaron en la lógica de ser guías y líderes de la formación política-ideológica de los estudiantes, lo cual se constituyó en parte central de una formación integral que redimensionaba la perspectiva y orientación del quehacer del formador de la institución y de la actuación de los futuros maestros normalistas rurales. Alumnistas y no alumnistas lograban que la escuela funcionara, al menos existía la idea de una formación integral, con un sentido social y alto compromiso que debía impactar en las comunidades apartadas de Chiapas.

El principio básico que fundaba la actividad del formador, sea alumnista o no alumnista, era dedicarse con compromiso a la tarea que se le encomendaba o a la que se comprometía. Era una comunidad con heterogeneidad de intereses y posiciones en la orientación de la formación, pero que encontraba su punto de coincidencia en la formación con sentido social y comunitario. Esta perspectiva estuvo vigente hasta principios de la década de 1980, llegó la etapa que ubicó al normalismo en la educación superior y con ello las presiones para desfigurar la orientación central del NR; esta es otra historia.

## **Conclusión**

El NR chiapaneco se fundó para atender una necesidad educativa-social particular. La cuestión demandó de sus formadores prácticas y procesos concretos. Fueron los formadores quienes construyeron, interpretaron y relacionaron la formación a las necesidades de los alumnos, las condiciones de la región y de la época. Lo que aglutinó y dio sentido al quehacer formativo se articuló entre la experiencia (formativa y de vida) de los formadores, la orientación de lo rural y por el servicio asistencial de la institución. Al ir diluyendo o en definitiva desapareciendo estos elementos, el quehacer caracterizador del formador se transformó.

## **Bibliografía**

- Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública, fondo: Departamento de enseñanza agrícola y normal rural, serie Chiapas.
- CiveraCerecedo, A. (2008). La escuela como opción de vida. México: El Colegio Mexiquense, A.C.
- Miñano García, M. H. (1945). La educación rural en México. México: SEP.
- Rockwell, E. (2007). Hacer escuela hacer estado. La educación posrevolucionaria vista desde Tlaxcala. México: El Colegio de Michoacán/CIESAS/CINVESTAV.
- Rosas Carrasco, L. (2003). Aprender a ser maestro rural. México: CEE/SNTE.
- Vaughan, M. K. (2000). La política cultural en la revolución. México: SEP.
- Viñao, A. (2006). Sistemas educativos, culturas escolares y reformas. España: Morata.